

San José, Costa Rica

10 Noviembre de 1912

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 45

Entre dos evoluciones

Un sabio francés, al servicio del jesuitismo y en pugna con la humanidad, tuvo la osadía de proclamar la bancarrota de la ciencia, lo cual demuestra que hay sabios que ignoran las nociones fundamentales de la dignidad y son capaces de cambiar la verdad por las gangas de una posición.

Mucho se ha discutido tan atrevido concepto: tarea inútil; siempre ha de quedar patente que la ciencia, como conocimiento cierto que es de las cosas por sus principios y sus causas, y agrupación en cuerpos de doctrina metódicamente formados y ordenados de los conocimientos que constituyen ramas particulares del humano saber, no puede quebrar jamás; pero ninguno de los contradictores del famoso Brunetiere tuvo energía suficiente para elevar la réplica a la altura de castigo merecido, proclamando a su vez con perfecto derecho y absoluta justicia la bancarrota de la revelación.

En efecto, pueden haberse desvanecido muchas hipótesis teóricas tenidas por ciertas ante la demostración patente de los hechos suministrada por la observación, y si se quiere por descubrimientos casuales, que a esto y nada más que a esto se refiere la supuesta bancarrota de la ciencia, pero nada de lo que constituye conocimiento positivo o ley general comprobada ha perdido un átomo de su prestigio; en cambio, la gran hipótesis, la que invocaron e invocan constantemente todos los ignorantes del mundo, aquella hipótesis innecesaria de que habló La-

lande contestando a Napoleón cuando le echaba en cara que nunca hablaba de Dios, el Dios creador y conservador, en una palabra, pierde terreno cada día a medida que los conocimientos adelantan; digan cuanto quieran los que se empeñan en establecer imposibles concordancias entre las fábulas genesiacas y las verdades científicas.

La quiebra de la revelación, considerada desde el punto de vista histórico y social, es espantosa: el amaos los unos a los otros, para las mismas naciones cristianas, muy distantes de comprender el mayor número de los vivientes, se traduce por guerras perpetuas, internacionales y civiles, en que el arte y la ciencia de matar han alcanzado una perfección casi capaz de despoblar al mundo; y cuando no con las armas se produce ruina y muerte por la imposición de alianzas que parecen asociaciones de malhechores, o con tratados comerciales que son verdaderos pactos leoninos, o con leyes expoliadoras o de excepción que ponen el patrimonio universal en manos de los privilegiados, dejando a los trabajadores reducidos a la condición de parias y el derecho general de los ciudadanos a merced de las más absurdas extralimitaciones autoritarias.

La sociedad de los individualistas, agotada toda la savia que pudo alimentarla, toca a su término. Y esto no es fraseología: ahí están los hechos que lo demuestran con toda evidencia: sus religiones, satisfacción dada a la ignorancia por si se le ocurre curiosear